

LUNES VII DE PASCUA

Juan 16, 29-33

En aquel tiempo, los discípulos dijeron a Jesús: «Ahora sí que hablas claro y no usas comparaciones. Ahora vemos que lo sabes todo y no necesitas que te pregunten; por ello creemos que has salido de Dios». Les contestó Jesús: « ¿Ahora creéis? Pues mirad: está para llegar la hora, mejor, ya ha llegado, en que os disperséis cada cual por su lado y a mí me dejéis solo. Pero no estoy solo, porque está conmigo el Padre. Os he hablado de esto, para que encontréis la paz en mí. En el mundo tendréis luchas; pero tened valor: yo he vencido al mundo».

Los discípulos creen haber entendido a Jesús. Pero a pesar de haber estado con él durante tanto tiempo, cada día, Jesús les dice que todavía no le han entendido.

Esta es una experiencia que muchos de nosotros podemos haber tenido: a veces, por más que busquemos entender a Dios y sus caminos, nos sentimos perdidos o confundidos.

Jesús les dice a sus discípulos que vendrá un tiempo en el que serán dispersados y enfrentarán tribulaciones. Sin embargo, les ofrece palabras de consuelo y claridad. Les asegura que no están solos, que él ha vencido al mundo. Estas palabras son un recordatorio poderoso de que, aunque enfrentemos dificultades y desafíos en nuestras vidas, Jesús está con nosotros y ha conquistado todo lo que pueda intimidarnos o derrotarnos.

Jesús nos invita a confiar en Él y en lo que nos promete, y a encontrar paz en medio de las tormentas de la vida, porque nos recuerda que nuestras luchas y sufrimientos no son en vano, sino que están perfectamente previstas por el Padre en su plan de salvación, y son para nuestra purificación y para nuestro bien.

Podemos tener dudas, incluso podemos quejarnos de que entendemos poco o nada, podemos sentirnos confundidos; pero como cristianos, tenemos dos certezas fundamentales: que Dios es más sabio y más grande, que podemos abandonarnos confiando en su poder y en su providencia.

Por eso podemos enfrentarnos al mundo con valentía y esperanza: porque él nos va delante, porque Él ha superado todo lo que podamos enfrentar.

Pidamos a la Virgen Santísima poder vivir lo que ella siempre nos dice: que esta verdad nos fortalezca y nos inspire a vivir con fe, con abandono y con confianza en el poder redentor y amoroso de Jesucristo.